

Olga de León y Carlos Alejandro

Cuatro aristas y un personaje

“Una familia de osos”

-¿Y los osos, mamá, en dónde están?, -preguntó con cierta premura, el niño.

-Se fueron a dormir, Memito. ¿Qué no te he contado que ellos duermen de día y se pasean por la noche en busca de comida y un poco de diversión?

-¡No, no es cierto!, los osos nunca duermen, eso me lo dijo mi maestra. Dice que se pueden pasar hasta varios meses sin dormir en la época que están despiertos. Así que si ayer andaban por aquí... entonces, andarán por otro lado hoy, pero están despiertos.

La escena era sorprendente, especialmente cuando no se está acostumbrado a ver: “cuatro osos negros retozando a la entrada de Economía”; dos eran pequeños y los otros suficientemente grandes para ser, papá y mamá.

Los pequeños echaban maromas sobre el pasto que está a los lados de la facultad; los grandes estaban al pendiente de ellos, se quedaron todo el rato entre el adoquín de la entrada principal y las escalinatas que dan acceso a las puertas de cristal.

Dicen los que saben, los guardias, porque los ven a diario, que siempre es la misma pareja la que ha dado en venir durante las noches a pasar el rato con sus dos críos; sí señor, son una familia de cuatro miembros. Otros son los que van a otras escuelas, -pero estos vienen de la “Política” o de la “Comunicación”, -me cuenta el guardia, cuando le pregunto por ellos, a eso de las siete treinta de la noche.

-No, pues todavía no es hora, maestra -y, ¿por dónde andarán a esta hora?, -en la Política, -me respondió don M., de inmediato.

-¿Está seguro?, -sí, porque antes andaban en Comunicaciones, pero a esta hora ya se fueron a la Política, al rato llegan para acá.

Y en mi interior sonrío, por lo especialmente divertido que suena el oír que los osos se entretienen en “Políticas”, y bajan después de ir a “Comunicación”; -o sea que dejan la “Economía” para el final (lo dije en voz alta); -así es, acá vienen a buscar comida, maestra.

-Nada más ad hoc, para el caso de lo económico (vuelvo al silencio del pensamiento). -¡...en fin!, -dejo de cavilar.

-Me avisa, cuando bajen, don M.; -¡ah, claro!, maestra, cuente con ello. Si quiere yo voy y le toco para decirle.

La noche transcurrió plácida, pero sin un solo “toc”, “toc” a la puerta que da acceso al CIE y a mi espacio de trabajo en recogimiento total (nombre común: cubículo), por lo tanto sin osos, al menos no hasta las 9:40 de la noche.

Cuando las ideas se secan o se esconden, más bien esto último, porque lo primero no creo que suceda sino bajo situaciones extremas o terminales, un querido hermano suele decir que le llegó el invierno a su cerebro. Y allá, donde él vive, el invierno es largo, pero por supuesto que ni sus ideas, ni su inteligencia se seca; como las hojas de los árboles, sólo se transforman.

En realidad, esa es una expresión en broma

para cuando nos negamos a profundizar o dejar que brote la creación, porque sencillamente está o estamos todos, como cualquiera, cansados; cansados de la rutina del trabajo, cansados de tedio, cansados de que nada mejor suceda, de que la explotación del hombre por el hombre mismo hacia el otro, la naturaleza, el entorno, sea un maniqueísmo sempiterno de generación vetusta y rancia.



Así que esa noche tomé la decisión de ir al encuentro de los osos. Quise sacudirme el tedio. ¡Y, vaya, que me topé de espaldas con un oso!... enorme, negro, peludo e impredecible, he aquí la historia:

Salí por uno de los accesos posteriores del moderno edificio que alberga a la facultad de Economía, salí olvidando que esas puertas permiten el acceso a las canchas y patios traseros, pero si no se tiene cuidado, se cierran y se queda él o la incauta, fuera.

...y me quedé afuera. Con una taza de té de limón en una mano y en la palma de la otra, las llaves del CIE y de mi cubículo.

A punto estaba de sentarme en una de las bancas que sirven para el solaz de los muchachos o para comer al aire libre, cuando la idea de que los osos se me echaran encima apareciendo de la nada o de cualquier rincón oscuro me aterró, y preferí acabar la aventura rodeando el edificio por el lado norte para luego bajar por el pasto y subir por la rampa que da acceso a la puerta principal de la escuela. Como aún había gente trabajando, uno de sus accesos estaba abierto, solo emparejadas las puertas, entré y decidí que esta “noche de osos”, con el que había hecho al salirme por atrás sin cuidar que pudiera entrar por donde salí, había sido suficiente.

“Un solo punto de vista, me ahoga”.

Aurora, la escritora, tuvo que preguntar a varios de los asistentes a su taller sobre la llegada del personaje, porque a ella, un solo punto de vista la ahoga. No es que quisiera escribir algo al respecto, pero quería conocer la situación.

Otelo.- ¿El personaje? ¡Llegó tarde!, casi una hora tarde, con las greñas largas hasta el hombro, tan largas que yo me dije al verlo entrar, este es músico... y traía una mochila colgada por un lado, la cual se veía vacía. ¿Qué traerá este ahí?, me pregunté, en

el cerebro y en la mochila. Lo mismo, seguramente, pensé yo, nada.

Entró y ni preguntó por Aurora, se veía tan asustado de encontrarse con escritores de verdad, alguien del mismo taller le tuvo que decir “siéntate, ahí hay un lugar”. A lo mejor hasta tendríamos que haberle dicho “no te vamos a analizar”, pensé yo. Lo cual hubiera sido mentira, porque los escritores sabemos describir y ambientar, y para esas dotes desarrollamos el sentido de la observación. ¡Y claro que él no conocía al autor que estábamos leyendo!, tan famoso desde las década de los treinta del siglo veinte. Y claro que el “greñas”, ¡no sabía escribir!, confundía los tiempos de los verbos y de su pluma corrían incoherencias entre tiempo y sujeto gramatical. ¡Qué horror!, como si el llanto fuese suficiente para pertenecer a nuestro taller.

Pancracia.- El personaje sí se veía que era músico, pero guapetón, de treinta, y yo hubiera querido que algún día me tocara algo al piano. Pero ya no duré mucho tiempo asistiendo al taller literario de Aurorita, me salí, me aburrí de escribir cosas que a la gente le parecían que eran cuentos infantiles. Y sí, escribía sobre La Cenicienta y La Bella Durmiente, pero era con un toque para adultos. Aunque nadie me entendía. Mi marido me echaba porras, pero intuí que lo que escribía no servía de nada, no estaba escribiendo sobre mí misma. Pero, ¿cómo podría hacerle eso a mi marido? ¡No lo soportaría! Claro que me hubiera gustado narrar mis aventuras con el hombre del que me enamoré a los veinte, al que mi papá casi mata cuando me fue a dejar en su auto a la casa a la una de la mañana. Pobre Julio, él tenía treinta y ocho, ya no quiso hablarme luego de ver la escopeta en la mano de mi papá. Esas hubieran sido buenas historias. También me hubiera gustado echarme una aventurilla, (¡ay sí!, quizás), o inventarme una con “el personaje”, me parecía muy guapo.

Tomás: A mí, su historia, me dejó plano, la felicidad que describía era muy plana, las flores y los pajaritos... ¡muy planos!, a toda esa historia le faltaba ponerle algo picante, algo...

El Personaje.- Subí los dos primeros pisos del edificio por las escaleras, con la boca abierta, había dejado la bicicleta tan tarde porque no encontraba el lugar, me perdí en el camino, era la primera vez que llegaba a un taller literario, tampoco sabía en dónde estaba la calle Chihuahua, pero allá iba, al encuentro con la ex alumna de Elena Poniatowska. Timbré a la puerta que lucía el letrero: “En esta casa se respeta a la mujer”, y pensé, “aquí me van a odiar, por alguna razón me dejó mi mujer, ¿no?; algo hice tan mal, que se fue”.

Un muchacho delgadito abrió la puerta, y no sé qué dijo que luego se volteó para meterse en la cocina, lo supe más tarde, había ido por una taza de té para mí. Una de las diez o doce damas alrededor de la mesa me indicó: “Mira, ese lugar está libre”, y me senté. Nadie en la mesa parecía la mujer con la que había hablado por teléfono, preguntando por su taller literario, ella parecería dos minutos más tarde.

Luego, ella preguntaría: -¿...y el Personaje?

Juan Castellanos*

Historias en papel

En “El jazz en México. Datos para esta historia”, Alain Derbez presenta una nueva edición de su célebre obra, una renovada edición de su libro en el que se pregunta “¿A qué huele el jazz?” y, según su experiencia como saxofonista, se responde que se percibe “a pan y a madrugada”.

En este sentido se debe entender que la música tiene que escucharse, sentirse, comerse y vivirse plenamente para percibirla con todos los sentidos, porque por el alma de Alain Derbez corre la vena artística. Escritor, promotor cultural y maestro, es un historiador a quien las notas musicales lo marcaron de por vida.

La edición corregida de su libro, publicada por el Fondo de Cultura Económica (FCE), presenta un recorrido histórico de este género en México, y la evolución musical en la que se ha

desarrollado hasta la actualidad. El volumen contiene opiniones y anécdotas de figuras del ramo musical jazzístico.

Grandes personalidades como Henry West, Juan José Calatayud, Chilo Morán, Enrique Nery, Tino Contreras, Francisco Téllez y Gerardo Bátiz, voces autorizadas a las que el autor da espacio apelando a su formación musical, experiencia en el arte y los amplios conocimientos que ostentan en torno al devenir de jazz.

“El eco de las formas”, de Alberto Blanco, es como el testimonio de un diálogo sincero entre artistas por amor al arte. En su búsqueda constante por integrar de manera creativa la imagen y la palabra, el autor ofrece en su más reciente libro de ensayos una visión amplia en torno al arte del mundo con-

temporáneo.

En el libro, dividido en nueve apartados, el autor aborda la obra de gran cantidad de creadores, entre ellos, Remedios Varo, Leonora Carrington, Gunther Gerzso, Fernando García Ponce, Julio Ruelas, José Luis Cuevas, Manuel Marín, Roger von Gunten, Jan Hendrix, Brian Nissen, Joy Laville y Gabriel Macotela.

La presente edición incluye todos los ensayos contenidos en la primera, con la única excepción de los dedicados a los pintores Vicente Rojo, Francisco Toledo y Rodolfo Nieto. La razón que acaso justifica esta decisión es que en los tres casos los ensayos individuales acabaron por dar pie a tres libros extensos.

En “Ecuaciones emocionales”, de Chip Conley, queda claro que con unas

fórmulas genialmente sencillas se ilustran verdades universales. El libro ofrece un léxico nuevo y fácilmente accesible para afrontar los desafíos de la vida. “Ecuaciones emocionales” ofrece al lector una nueva perspectiva para la vida y le guía más allá del concepto de inteligencia emocional. Ecuaciones tales como Desesperación > Sufrimiento Sentido y Felicidad > Querer lo que tienes + Tener lo que quieres, han sido estudiadas por expertos psicólogos y matemáticos.

Con historias tan reales como convincentes, Conley inspira para aplicar esas ecuaciones a la propia vida y formular otras que se adapten a cada circunstancia. Tanto si se quiere superar la incertidumbre, calmar el miedo y la ansiedad, como para añadir significado a la vida hay una ecuación emocional.

*Notimex